



## Carta de Juan Pablo II a los Artistas Vaticano, 4 de abril de 1999, Pascua de Resurrección

*“Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa”, Juan Pablo II.*

Más allá de las legítimas opiniones que se puedan tener respecto de la figura de Karol Wojtyła, indiscutiblemente fue un gran pastor y un gran intelectual, pieza clave en el término de la Guerra Fría y en el devenir del siglo XX. En 1978, a pocos días de haber sido elegido Papa, en la Plaza San Pedro expresaba a los peregrinos “¡no tengáis miedo! Abrid las puertas a Cristo” y, en 1991, en su encíclica “Centesimus Annus” señaló “Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia”, exhortaciones siempre vigentes, incluso para quienes no profesan la fe católica.

Hoy, con la humildad que amerita y efectuando las citas textuales necesarias, dedico estas líneas a poner en valor la “Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los Artistas”, dirigida al mundo en el que reina el poder inconmensurable de los sonidos, de las palabras, colores y formas. En esta carta apostólica el Papa invita a los artistas a transmitir a las generaciones del mañana una auténtica belleza que provoque asombro, señalando “Ante la sacralidad de la vida y del ser hu-

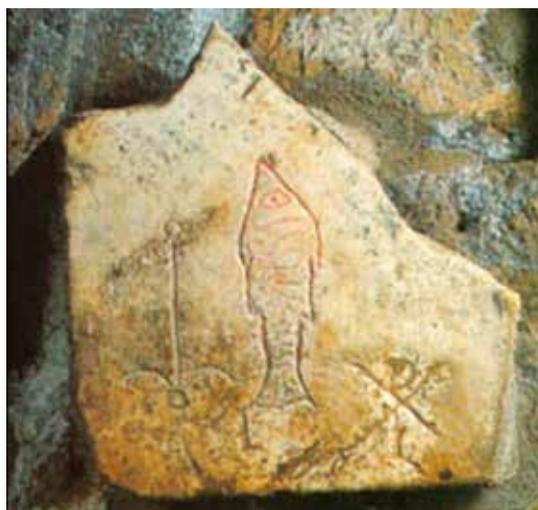
mano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro”. Manifiesta sentirse unido a los artistas, “por experiencias que se remontan muy atrás en el tiempo y han marcado de modo indeleble mi vida”, seguramente en referencia a su pasión por el teatro y la poesía, que no abandonó incluso cuando trabajó en una cantera durante la II Guerra Mundial.

Reconoce la alianza fecunda que his-

tóricamente ha existido entre Evangelio y Arte. En la Antigüedad, “el arte de inspiración cristiana comenzó de forma silenciosa, estrechamente vinculado a la necesidad de los creyentes de buscar signos con los que expresar, basándose en la Escritura, los misterios de la fe y de disponer al mismo tiempo de un “código simbólico”, gracias al cual poder reconocerse e identificarse, especialmente en los tiempos difíciles de persecución”;

pensemos en toda la iconografía paleocristiana (ej. el pez y el crismón, monograma de Cristo con las letras griegas X y P). Cuando Constantino, con el Edicto de Milán en el año 313 d.C., permitió a los cristianos expresarse con plena libertad “el arte se convirtió en un cauce privilegiado de manifestación de la fe”, surgiendo el arte bizantino, que dará lugar ya en la Edad Media (siglos V - XV) a magníficos mosaicos en la iglesia de San Vitale en Ravenna y en la basílica de Santa Sofía en Turquía.

En el ámbito musical, “Gregorio Magno, con la compilación del Antiphonarium, puso las



*Inscripción funeraria en la Catacumba de S. Sebastián, Roma. El pez y el crismón (monograma de Cristo con las letras griegas X y P) son símbolos de Cristo. El ancla, a mano izquierda, representa la firmeza de la fe.*

bases para el desarrollo orgánico de una música sagrada tan original que de él ha tomado su nombre” el místico canto gregoriano. Posteriormente, en el marco de la lucha iconoclasta, las imágenes sagradas fueron objeto de una violenta contestación, pero finalmente “en el Concilio celebrado en Nicea el año 787, se estableció la licitud de las imágenes y de su culto, fue un acontecimiento histórico no solo para la fe, sino también para la cultura misma”. Así, “en Oriente continuó floreciendo el arte de los iconos, vinculado a significativos

cánones teológicos y estéticos y apoyado en la convicción de que, en cierto sentido, el icono es un sacramento”.

Por su parte en Occidente, “la fuerza y sencillez del románico, expresada en las catedrales o en los monasterios, se va desarrollando gradualmente en la esbeltez y el esplendor del gótico. En estas formas, no se aprecia únicamente el genio de un artista, sino el alma de un pueblo”. Ubicándose a fines del siglo XIII y principios del siglo XIV indicó que “cuando el pensamiento teológico producía la “Summa” de Santo Tomás, el arte de las iglesias doblegaba la materia a la adoración del misterio, a la vez que un gran poeta como Dante Alighieri compuso la Divina Comedia”.

Respecto del Renacimiento expresa: “Desde aquí habla Miguel Ángel, que en la Capilla Sixtina, desde la Creación al Juicio Universal, ha recogido en cierto modo el drama y el misterio del mundo”. Puntualiza que “en el nuevo ambiente de los últimos siglos, donde parece que parte de la sociedad se ha hecho indiferente a la fe, tampoco el arte religioso ha



Mosaico bizantino tardío (circa 1261), representando una “Deesis”, en la Basílica de Hagia Sophia, Estambul.

interrumpido su camino. La constatación se amplía si, de las artes figurativas, pasamos a considerar el gran desarrollo que también ha tenido la música sagrada”, con compositores como Palestrina, Händel, Bach, Mozart, Schubert, Beethoven, Berlioz, Liszt, Verdi, haciendo ver que “innumerables creyentes han alimentado su fe con las melodías surgidas del corazón de otros creyentes”.

Advierte un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos “en el marco de un humanismo caracterizado por la ausencia de Dios y con frecuencia por la oposición a Él”, sin embargo hace un llamado a un diálogo renovado, indicando que “hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa, fruto de una imaginación que va más allá de lo cotidiano”, remarcando que “lo que logran expresar los artistas en lo que pintan, esculpen o crean es solo un tenue reflejo del esplendor que durante unos instantes ha brillado ante los ojos de su espíritu”. ⚔️



Bóvedas del ábside de la Catedral de Chartres, s. XII - XIII.